

—Inmensamente.

—¡Bravo! Y ¿no podríamos atinar un medio para introducirnos en la casa?

—¡Ya se me ocurre uno! me quito los zapatos, encojo una pierna como si estuviera tullido me incorporo al primer grupo de lisiados que se aproxime, y me cuelo dentro imitándoles.

—¡Ardua empresa! es muy probable que los conozcan á todos en la casa.

—Estoy persuadido de que nó, pues varios me han preguntado si era esta la casa de la señora Inés.

—¿Cómo?—preguntó Fulvio haciendo un movimiento de sorpresa.

—¿Qué te admira?—dijo Corvino.—Es la casa de sus padres; pero ella es más conocida que ellos por ser una heredera muy rica, poco menos que su prima Fabiola.

Calló Fulvio unos momentos: habíale asaltado una fuerte sospecha, demasiado sutil é importante para comunicarla á su rudo compañero. Pero, impulsado por ella, dijo:

—Si estás seguro de que toda esa gente no es conocida en la casa, ensaya tu plan. Yo conozco á la señora y me aventuraré á entrar por la puerta principal. Así tendremos doble probabilidad.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Fulvio?

—En algo muy extraordinario sin duda.

—Que cuando los dos nos unamos para alguna empresa tendremos siempre dos ventajas.

—¿Cuáles?

—Las del lobo y la zorra cuando se confabulan para asaltar un redil.

Fulvio lanzó sobre Corvino una mirada de desdén, á la que correspondió éste con una mueca horrible, y ambos se encaminaron á sus puestos respectivos.

XIII

La casa de Inés

Los padres de Inés descendían de un noble linaje de antepasados, y su familia no era de las recién convertidas, sino que hacía algunas generaciones que profesaba el cristianismo. Y así

como en las familias paganas se honraba la memoria de abuelos ilustres ó por algún triunfo ó por haber desempeñado algún alto cargo en el Estado, de la misma manera en esta como en otras casas cristianas se guardaba con piadoso respeto y afectuoso orgullo el recuerdo de los que en los ciento cincuenta ó más años precedentes habían alcanzado la palma del martirio ú ocupado elevadas dignidades en la Iglesia. Pero aunque ennoblecida así, á pesar de la sangre derramada sin cesar por Jesucristo, el tronco de la familia nunca había sido derribado como muchas de las ramas desgajadas de él; ántes había resistido al embate de frecuentes tempestades.

Todas las glorias y esperanzas de esta familia estaban á la sazón concentradas en Inés, único vástago de esta antigua casa. Concedida á sus padres cuando habían casi perdido la esperanza de ver continuada su descendencia, había mostrado desde la infancia un natural tan apacible, tal docilidad, tan esclarecido entendimiento, tanta candidez é inocencia, que era el objeto del amor y casi de la veneración de todos, desde sus padres hasta el último de los sirvientes, sin que tan merecida estimación alterase sus bellas prendas; y excelentes cualidades, antes bien se hallaban estas tan armónicamente ordenadas, que en la edad todavía temprana en que la encontramos era ya un cumplido dechado de gracia y discreción. No abrigaban sus padres un pensamiento virtuoso de que ella no participase, y teniendo tan poco apego como ellos al mundo, vivía en su compañía en una parte reducida del edificio, amueblada con elegancia, pero sin lujo, y adecuada á sus necesidades. Allí recibían á los pocos amigos con quienes conservaban relaciones íntimas. Visitábalos con frecuencia Fabiola, aunque Inés prefería visitarla á ella; y muchas veces expresaba aquella á su jóven amiga el anhelo de que llegase el día en que, gracias á un matrimonio ventajoso, abriera su espléndido palacio á una elegante y distinguida reunión. Porque á pesar de la ley Voconia, que prohibía heredar las hembras, ley á la sazón completamente en desuso, Inés había heredado de sus parientes colaterales varias propiedades que acrecentaron su patrimonio.

En general, los amigos paganos que la visitaban atribuían su modesto género de vida á la avaricia, y calculaban las inmensas riquezas que suponían acumuladas por sus tacaños padres, concluyendo por decir que, excepto el muro macizo que cerraba el segundo patio, todo el resto del edificio se vendría abajo.

Y sin embargo no era así. El interior de la casa consistía en un extenso patio, un jardín y un comedor separado ó *triclinium* convertido en capilla; y el piso superior que por esta parte se comunicaba, estaba destinado á las diversas obras de caridad que constituían el objeto principal de la vida de la Iglesia. Esta-

ban estas confiadas al celo y discreción del diácono Reparado y su exorcista Segundo, nombrados por el Sumo Pontífice para cuidar de los enfermos pobres y forasteros en uno de los siete distritos en que dividiera la ciudad unos cinco años antes el Papa Cayo, encomendando cada distrito á uno de los siete diáconos de la Iglesia romana.

Se habían destinado salas para hospedar á los extranjeros que venían de lejos, recomendados por otras iglesias, y se les asistía con una frugal comida. En el piso superior otras habitaciones servían de hospital para los inválidos, los decrepitos y los enfermos, encomendados al cuidado de las diaconisas y de los fieles consagrados á esta obra de caridad.

El *tablinum* ó archivo, por lo general situado entre los patios interiores, servía como de oficina para despachar los negocios del establecimiento caritativo y guardar todos los documentos de la localidad, tales como las actas de los Mártires, recogidas ó compiladas por uno de los siete notarios instituidos con este objeto en cada distrito por el Papa san Clemente I.

Una puerta de comunicación permitía á la familia tomar parte en estas obras de caridad, y desde niña se había acostumbrado Inés á entrar y salir allí muchas veces al día y permanecer horas enteras difundiendo, como un ángel de luz, el consuelo y la alegría sobre los dolientes y afligidos. Esta mansión podía muy bien llamarse el arca de la hospitalidad y de la caridad, y en ella se entraba para tales fines por el *porticum* ó puerta falsa que daba á una callejuela poco frecuentada. Con esto queda explicado en qué se invertían las riquezas de los dueños de la casa.

Recordaremos que Pancracio tomó consejo de Sebastian sobre el modo más oportuno de distribuir su plata y joyas entre los pobres sin que se llegase á vislumbrar á quién pertenecían; y Sebastián, atento al encargo, había escogido la casa de Inés como la más á propósito. Aquella mañana era la designada para el reparto, á cuyo efecto los otros distritos habían enviado sus pobres acompañados de sus diáconos. Sebastian, Pancracio y otras personas de alta categoría habían entrado por la puerta principal para asistir á la distribución; y algunas de ellas eran las que Corvino había visto.

XIV

Los extremos se tocan

Un grupo de pobres que se dirigían hacia la puerta ofreció á Corvino ocasión para confundirse con ellos, remedándolos admirablemente en todo, menos en su modesto porte y compostura. Advirtió que cada uno de ellos al entrar decía *Deo gratias*; y merced á esta piadosa expresión, que era como una contraseña y el saludo adoptado por los cristianos, Corvino pudo fácilmente entrar con los demás, siguiéndoles de cerca y remedando sus gestos y modales.

El patio interior de la casa estaba ya lleno de pobres y lisiados, á un lado los hombres y al otro las mujeres. Debajo del pórtico había mesas cubiertas de rica plata, y junto á ellas otra con relucientes joyas que dos artifices iban pesando y evaluando escrupulosamente para depositar después en un montón la cantidad que por ellas ofrecían con el fin de que fuese distribuida en justa proporción entre los pobres.

Corvino, cuyo corazón ardía en codicia á la vista de tanta riqueza, tuvo tentaciones de arrebatarse lo que pudiese y huir, pero reprimióse comprendiendo la locura é insensatez de semejante acción, y aguardó á que le dieran su parte, tomando entre tanto nota de cuanto veía para referirlo después á Fulvio. Pero no tardó en darse cuenta de cuán embarazosa se hacía su situación, porque si al principio nadie se fijó en él, no había de suceder lo mismo luego que aparecieron varios jóvenes muy afables y de modales distinguidos, pero activos y evidentemente constituidos en autoridad. Vestían *dalmática*, traje llamado así por traer su origen de la Dalmacia, y consistía en una pequeña túnica sobrepuesta, en vez de la toga, á la túnica común, pero más corta y ajustada al cuerpo, con mangas anchas, aunque no largas ni holgadas con exceso: prenda que usaban los diáconos, no sólo en las ceremonias solemnes de la Iglesia, sino también cuando cumplían los deberes secundarios de su ministerio con los pobres y los enfermos.

Iban, pues, aquellos jóvenes poniendo en orden á los asistentes, de entre los cuales cada uno conocía á los de su distrito, y

los acompañaban al sitio que tenían señalado debajo del pórtico: pero como ninguno conocía ni reclamaba á Corvino como uno de sus pobres, quedóse al fin solo en medio del patio. Entonces comprendió, á pesar de su estupidez, el atolladero en que él mismo se había metido; pues siendo hijo del prefecto de Roma, cuya obligación era castigar á los violadores de todo hogar doméstico, se encontraba como un intruso en el interior de la casa de un patricio, donde había entrado fraudulentamente, mezclado entre mendigos y disfrazado de tal, como si se propusiera algún fin ilícito ó siniestro. Conociendo lo arduo de su posición, todo se le volvía buscar el modo de escurrirse; pero la única puerta que había la vió guardada por un anciano llamado Diógenes y dos robustos hijos suyos, que apenas podían contener la irritación que tamaña insolencia les causaba, bien que no dejaban de manifestarla en la expresión del rostro. Vióse además objeto de la conversación de los jóvenes diáconos y de sus escudriñadoras miradas: figuróse que hasta los ciegos le observaban, y se imaginaba ya ver levantadas contra él las muletas de los lisiados. Quedábale sólo el consuelo de creer que de nadie sería reconocido y que podría salir del mal paso inventando cualquier excusa.

Al fin se le acercó el diácono Reparado y le dijo cortemente:

—Amigo, según veo no pertenecéis á ninguno de los distritos citados á esta reunión. ¿En dónde vivís?

—En la *Alta Semita* (1).

Esta respuesta indicaba la división civil de Roma, nó la eclesiástica. Reparado continuó:

—La *Alta Semita* pertenece á mi distrito, y no recuerdo haberlo visto allí nunca.

Mientras decía estas palabras sorprendióse de ver al desconocido palidecer y tambalearse, como si fuera á caer, mientras clavaba sus azorados ojos en la puerta de comunicación con la parte habitada de la casa. Miró Reparado en la misma dirección, y vió á Pancracio que acababa de entrar y conversaba con Segundo. Perdió Corvino toda esperanza, y su terror se acrecentó al hallarse frente á frente con Pancracio (que había suplicado á Reparado que se retirase), casi en la misma posición en que se habían encontrado últimamente; sólo que, en vez de la caterva de muchachos que entonces le aplaudían, se hallaba ahora rodeado de personas que daban ciertamente la preferencia á su rival. Y no fué menor la sorpresa de Corvino al notar el desarrollo que en su porte varonil y apuesto continente había adquirido su antiguo condiscípulo en el transcurso de algunas

(1) La parte superior del Quirinal que conducía á la puerta Nomentana (*Porta Pia*).

semanas. Como era natural, aguardaba una nube de repreciones, cuando no el duro castigo que en igualdad de circunstancias le hubiera él aplicado; pero júzguese cuál sería su estupor cuando Pancracio le dijo con la mayor suavidad:

—¿Cómo es eso, Corvino? ¿Qué te pasa, que tan mal traído te veo? ¿Te ha dejado cojo alguna desgracia? ¿O has abandonado la casa paterna?

—No tal, todavía no he llegado á ese extremo, aunque fuera muy de tu agrado,—replicó fanfarronamente Corvino, envaletonado por la blandura de Pancracio.

—¡Oh! te equivocas,—dijo éste,—porque no te guardo rencor. Si necesitas socorro, dímelo; pues, aunque no debieras encontrarte en este sitio, yo te conduciré á un aposento apartado donde recibas lo que hayas menester sin ser conocido.

—Te diré la verdad. He penetrado aquí por broma, por un simple capricho, y desearía de veras que me sacases de aquí sin escándalo.

—Corvino, esto ya es grave,—dijo Pancracio con severidad.—¿Qué diría tu padre si yo ordenase á estos mozos, dispuestos á obedecerme, que te llevasen al Foro ante su propio tribunal del modo que te encuentras, descalzo, disfrazado de esclavo y con tu falsa cojera, para acusarte públicamente de un delito que ningún romano dejaría impune, como es introducirte dolosamente en el interior de la casa de un patricio?

—¡Por todos los dioses, Pancracio, no me impongas castigo tan terrible!

—Bien comprendes que tu propio padre se vería obligado á obrar contigo como Junio Bruto, ó á faltar á su deber.

—Por lo que más amas, por todo lo más sagrado, te suplico que no nos deshonres tan cruelmente. Mi padre y mi familia, no solo yo, serían las víctimas de tal ignominia. Me postraré á tus pies, si es preciso, y te pediré perdón por mis pasadas injurias.

—Basta, basta, Corvino; ya te he dicho que las injurias las tengo olvidadas tiempo há. Pero escucha: cuantos aquí se hallan, excepto los ciegos, han presenciado tu desmán, y todos se presentarían como testigos para probarlo. Así es que si alguna vez llegas á hablar de esta reunión, ó intentarás molestar á uno solo de los que á ella han acudido, te conduciremos ante el tribunal de tu padre para que te juzgue. ¿Me entiendes, Corvino?

—Sí, sí,—respondió con acento lastimero:—mientras viva nadie sabrá que haya penetrado en este sitio. Lo juro por...

—¡Basta, repito! No necesitamos juramentos. Toma mi brazo y vén conmigo.

Y volviéndose á los demás, añadió:

—Conozco á este sujeto: su venida ha sido por equivocación.

Los circunstantes, que habían interpretado los ademanes suplicatorios del villano como una relación de su miserable estado, pidieron á Pancracio que no le despidiese sin darle algun socorro.

—Dejadme hacer,—contestó él.

Así que puso en la calle á Corvino, que le había seguido sin descuidar su fingida cojera, despidióle diciendo:

—Corvino, estamos en paz. No olvides tu promesa.

Y en tanto ¿qué había sido de Fulvio?

Dirigiéndose derechamente á la puerta principal de la casa, hallóla abierta, según costumbre romana; y ciertamente nadie hubiera sospechado que por ella entrase en tal hora una persona extraña. En vez de portero encontró guardando la puerta una niña de ingenuo aspecto, de unos doce ó trece años, en traje de labriega; y al verla sola creyó la ocasión oportunísima para averiguar lo que pudiesen tener de cierto las graves sospechas que le habían ocurrido. Así, pues, preguntó á la jovencita portera:

—Niña, ¿cómo te llamas y quién eres?

—Me llamo Emerenciana, y soy hermana de leche de la señorita Inés.

—¿Eres cristiana?—le preguntó Fulvio con pérfida blandura.

Abrió ella los ojos desmesuradamente pintándose en ellos el estupor de la ignorancia, y respondió:

—No, señor.

No era posible resistir á la evidencia de su ingenuidad, y Fulvio quedó persuadido de que se había equivocado. En efecto, la niña era hija de una aldeana que había sido nodriza de Inés, y que acababa de fallecer; por lo que la bondadosa patricia había mandado por la huérfana para instruirla y bautizarla; y como sólo hacía dos días que había llegado, no tenía aún la menor idea del Cristianismo.

Fulvio no sabía qué partido tomar. La soledad en que se encontraba le tenía en situación no menos embarazosa que la de Corvino en medio de la concurrencia. Pensó en retirarse, pero eso hubiera dado al traste con todas sus esperanzas: iba á pasar adelante, pero reflexionó que podía comprometerse desagradablemente. En medio de su perplejidad vió venir ligera, atravesando el patio, á Inés radiante de alegría, de belleza y de juventud. Al reconocer á Fulvio detúvose como para saber el objeto que allí le conducía, y él, yendo á su encuentro sonriente y con ademán gentil, díjole:

—He anticipado la hora en que se acostumbra á recibir visitas, y temo pareceros importuno; pero estaba impaciente por inscribirme como humilde cliente de vuestra noble casa.

—Nuestra casa —replicó Inés sonriéndose— no se vanagloria

de tener clientes, ni los busca, porque no ambicionamos influencia ni poder.

—Perdonadme; pero, gobernada por su dueño y señor, vuestra casa ejerce la mayor de las influencias y un poder incontrastable; aquel, quiero decir, que subyuga sin esfuerzo los corazones y los rinde y avasalla.

Lejos de imaginar que estas palabras aludiesen á ella, respondió Inés ingenuamente:

—¡Oh cuán ciertas son vuestras palabras! El Señor de esta casa domina todos los afectos de cuantos en ella moran.

—Pero á lo que yo aludo—contestó Fulvio— es al suave y benigno dominio que sólo ejercen los encantos de la hermosura sobre los que la admiran de cerca.

Inés parecía como arrobada: sus ojos contemplaban una imagen muy diversa de la de su miserable adúlador; y mirando al cielo con expresion de intenso afecto, exclamó:

—Si; Aquel cuya belleza admiran el sol y la luna en el azulado firmamento, á El solo he consagrado mi amor y mi fe (1).

Quedó Fulvio confundido y perplejo. La inspirada mirada, la actitud extática, la melodía del trémulo acento con que las anteriores palabras fueron pronunciadas, su misteriosa significación, lo extraordinario de la escena, le sellaron los labios, y quedó como clavado en el suelo; hasta que, conociendo que desperdiciaba la ocasión más propicia que podía desear para declararlas sus intenciones (no se podía llamar afecto), dijo con desenfado:

—De vos estoy hablando, hermosa Inés, y vos sois á quien he consagrado mi sincera admiración é ilimitado afecto.

Y doblando una rodilla trató de asir la mano de Inés; pero ésta retrocedió trémula, volviendo al otro lado el encendido rostro.

Fulvio se levantó con presteza al divisar á Sebastian que, yendo en busca de Inés, cuya ausencia extrañaban los pobres, avanzaba en derechura hácia él en actitud indignada.

—Sebastian,— dijo Inés al verle,—no te enojés. Este caballero ha entrado aquí por equivocación, y se retirará en seguida.

Y diciendo esto se alejó.

Sebastian encarándose con el intruso, que se sintió anonadado por su mirada, le dijo con severo acento:

—¿Qué haceis aquí, Fulvio, y á qué habeis venido?

—Supongo—respondió éste cobrando aliento— que habiendo conocido á la dueña de esta casa en el mismo lugar que vos, en la mesa de su noble prima, tengo igual derecho á visitarla que cualquiera de sus obsequiosos clientes.

(1) *Cujus pulchritudinen sol et luna mirantur, ipsi soli servo fidem.*
(Oficio de santa Inés)

—Pero me parece que no á hora tan intempestiva como esta.

—La hora que no es intempestiva para un joven oficial,—replió Fulvio con insolencia,—tampoco debe serlo para un simple ciudadano.

Sebastian tuvo que hacer un grande esfuerzo para reprimir su indignación, y contestóle:

—¡Fulvio! medita vuestras palabras y tened presente que dos personas pueden ser recibidas en una misma casa por conceptos muy distintos. Ni el trato familiar más estrecho, mucho menos un conocimiento formado durante una comida, pueden justificar la osadía de vuestra conducta de hace pocos momentos con la dueña de esta casa.

—¡Parece que estais celoso, bravo capitán!—dijo Fulvio con refinado sarcasmo.—Dicen que sois el pretendiente, aceptable si ya no aceptado, á la mano de Fabiola; y como ésta se encuentra ahora en el campo, trataréis de matar el fastidio viendo cómo podéis aseguraros la fortuna de una de las dos herederas principales de Roma... ¡Bueno es tener dos cuerdas para un arco!

Este grosero sarcasmo hirió en lo más vivo los delicados sentimientos del noble tribuno, que á no estar acostumbrado á dominar el propio carácter segun la mansedumbre cristiana, hubiera sentido ofuscada su razón por el acaloramiento de su sangre.

—¡Fulvio! á ninguno de los dos conviene que permanezcáis más tiempo aquí; y pues no os basta la cortés despedida de la noble doncella á quien habéis insultado, tendré yo que ser el rígido ejecutor de sus mandatos.

Y asiendo fuertemente el brazo del intruso, lo condujo á la puerta de la calle, añadiendo sin soltarle aún:

—Idos en paz, y no olvidéis que con vuestro indigno proceder os habéis hecho acreedor al castigo que señalan las leyes del Estado. Lo olvidaré á condición de que os mostréis más discreto y no os mezcléis en lo que no os atañe. Pero bueno es que sepáis que estoy al corriente de vuestra ocupación en Roma, y tendré suspendida sobre vuestra cabeza la insolencia de este día como prenda de vuestra discreción.

No bien acababa Sebastian de decir estas palabras y de soltar á Fulvio, cuando se sintió agarrado por un invisible y vigoroso adversario. Era Eurotas, quien avisado por Fulvio de su entrevista con Corvino, le habia seguido y guardado los pasos; y apenas vió en la puerta de la casa lo que le pareció lucha, se escurrió cautelosamente por detrás de Sebastián, y se abalanzó sobre él con la ruda acometida de un oso. Pero en vano forcejeaba ayudado por Fulvio en derribar al soldado; y para acabar más presto, sacó de su cinturón una daga de acero forjada en

Siria, cuando en aquel mismo instante sintió que se la arrancaban de la mano, á la vez que un brazo de hierro le hacia dar una voltereta en el aire y le dejaba tendido como un costal en medio de la calle.

Tan oportuno como inesperado auxilio debiólo Sebastián al centurión Cuadrado, de robusta complexión y fuerza hercúlea, y que en aquel momento acudía á la reunión de sus hermanos cristianos.

—¡Cuadrado! —dijole Sebastián,—me temo que habrás roto los huesos á ese desgraciado.

—Bien lo merece, mi tribuno, por su cobarde acometida.

Y entraron juntos en casa de Inés.

Confusos y escarmentados, los dos extranjeros se alejaron de aquel sitio, testigo de su vergüenza; y al doblar la esquina vieron á Corvino que, no ya cojeando, sino ligero como un gamo, salia por la parte posterior del lugar de su derrota.

Aunque en lo sucesivo se encontraron muchas veces, ni Fulvio ni Corvino hicieron la menor alusión á su aventura de aquel día, conociendo uno y otro que habían salido burlados y malparados de ella, y convencidos de que habia en Roma un redil que el lobo y la zorra intentaban en vano asaltar.

XV

Caridad

Restablecida en casa de Inés la tranquilidad, perturbada unos momentos por los dos incidentes sobrevenidos, continuó sosegadamente la buena obra de aquel día. Además de la distribución de abundantes limosnas que hacia la Iglesia, no era raro en aquellos tiempos el que hiciesen lo propio con sus bienes los que deseaban retirarse del mundo; y naturalmente era de esperar que no fuese estéril para Roma el ejemplo que ofrecía la noble caridad de la apostólica Iglesia de Jerusalén. Pero tales actos de extraordinaria caridad debían renovarse mucho más facilmente en las épocas en que amenazaba á la Iglesia alguna grande persecución. Entonces aquellos cristianos que por su propia condición social ó por otras circunstancias

presentían el martirio, querían, según frase generalmente usada, tener libre para la lucha su casa y su corazón, alejando de sí cuanto pudiera aún apegarlos á la tierra, y evitando de este modo que fuese despojo de impíos soldados y verdugos lo que debía ser herencia de los pobres. Ni se perdía de vista la máxima divina de que la luz de las buenas obras debe brillar á los ojos de los hombres sin que se advierta la mano que la alimenta, penetrándolo sólo Aquel que lee en lo más recóndito de los corazones. La tasación y venta pública de las alhajas de una noble familia y la distribución de su justo precio á los pobres debía ser un magnífico ejemplo de caridad que consolaba á la Iglesia, animaba á los generosos, avergonzaba á los avaros, movía el corazón de los catecúmenos y atraía las bendiciones y plegarias de los menesterosos. Y sin embargo la mano derecha del que ofrecía estas limosnas se ocultaba cuidadosamente de la izquierda, y la humildad y modestia del noble bienhechor quedaba sepultada en el seno de Aquel á quien eran ofrecidos tales sacrificios y que los devolvía con ilimitada usura en la eterna bienaventuranza.

De tal naturaleza era el ejemplo que tenemos á la vista. Cuando todo estuvo dispuesto, presentóse el sacerdote Dionisio, quien era también el médico encargado de la curación de los enfermos y había sucedido á Policarpo en la iglesia del Santo Pastor; y sentándose en una silla colocada en una extremidad del patio, habló así á los circunstantes:

— Amados hermanos míos: nuestro Dios misericordioso ha movido el corazón de un caritativo hermano nuestro, quien compadecido de sus hermanos pobres se desprende de gran cantidad de sus bienes por amor á Jesucristo. Ignoro quién sea, ni trataré de averiguarlo. Sé únicamente que es uno de aquellos que no se complacen escondiendo sus tesoros donde el moho los consume ó los ladrones los arrebatan, sino que imitando al bienaventurado Lorenzo prefiere que, llevados por los pobres, se depositen en las arcas celestiales. Recibidos, pues, como una dádiva de Dios, que ha inspirado á la caridad este donativo que vamos á repartir para que pueda servir de auxilio en los días de tribulación que se nos preparan. Y ahora, como la única paga que se desea de vosotros, uníos todos en la plegaria que repetimos cotidianamente por aquellos que nos hacen algún bien.

Durante esta breve exhortación el pobre Pancracio no se atrevía á levantar los ojos. Habíase colocado en un rincón detrás de la multitud; y Sebastián, viendo el embarazo en que se hallaba su noble amigo, se colocó delante de él, procurando ocultarle con su cuerpo todo lo posible. Pero la emoción estuvo á punto de descubrirle, cuando toda la asamblea se arrodilló, y

con los brazos extendidos y los ojos levantados al cielo, exclamó férvidamente y á una voz:

— *Retribuere dignare, Domine, omnibus nobis bona factis, propter Noxam tuam, vitam æternam. Amen* (1).

Luego se hizo el reparto de las limosnas, que resultaron más cuantiosas de lo que se creía. Sirvióse también á todos una abundante comida como coronamiento de tan edificante acto. Muchos, sin embargo, no participaron de ella, pues una más espiritual y deliciosa fiesta iba á prepararse para ellos en la vecina iglesia titular.

Cuando todo hubo terminado empeñóse Cecilia en acompañar á su pobre viejo lisiado hasta su casa y en llevar además su pesado bolsón de cañamazo; y por el camino conversó tan alegremente con su compañero, que éste quedó sorprendido al verse ya, cuando menos lo pensaba, en la puerta de su pobre pero aseada vivienda. Cecilia puso entonces en sus manos el bolsón, y dándole los buenos días alejóse con la mayor presteza.

Parecióle al pobre viejo que el bolsón estaba más repleto de lo regular, y contando cuidadosamente su contenido, halló con asombro que tenía doble porción de la limosna recibida. Volvió á contarle, y vió que no se había equivocado. Así es que, á la primera ocasión que se le ofreció, hizo sobre el particular algunas preguntas al diácono Reparado, pero no pudo obtener aclaración alguna.

Si hubiese visto á Cecilia cuando dobló la esquina riendo con el mayor gusto, como si acabase de jugarle alguna treta, y caminando ligera como quien no lleva peso alguno, hubiera encontrado sin dificultad la solución del problema.

XVI

El mes de Octubre

Soberanamente delicioso se presenta sin duda en Italia el mes de Octubre. El sol templá sus ardores, pero no su esplendidez. Al asomar por el Oriente derrama sobre la soñolienta

(1) Dignaos, Señor, conceder la vida eterna á todos los que nos hacen bien por amor de vuestro Nombre. Así sea.